

Álamos que susurran

Tienen que conocer a mis amigos. Son una hilera de álamos que han crecido pegaditos. El viento mueve sus ramas y sus hojas al unísono, como si fuera un muro de vida que se agita, se retuerce y resuena. No parece que sea el viento que los mueve, sino como si ellos crearan el viento que llega a mis oídos.

Parecen brazos y manos que gesticulan y hablan. Están susurrando en el roce de sus hojas con el aire agitado. Niños que quieren hablarme y explicarme sus sueños. Me hablan de las cosas que han pasado durante el día, de las personas que los han visitado, de los caballos que pastan plácidamente en el prado colindante, hablan de los diversos pájaros que hoy se posaron por sus ramas, de cómo limpian sus picos en ellas y de cómo cantan cuando las ramas se aquietan y se ponen a escucharlos. Y las ramas quietas y silenciosas dejan que el murmullo y el gorgojeo de los pájaros rebote por las hojas y se extienda por el espacio... están fascinadas con sus historias, pues los pájaros vuelan lejos y pueden contar tantas cosas que los árboles no pudieron ver ni percibir...

Y ese coro de árboles canta luego con el viento, canta cuando es movido por el viento, pero también crea el viento mismo.

Esa hermandad de árboles crea las palabras susurradas en el roce de las hojas, ellos cantan el son aéreo, cuentan lo que les da el sol durante el día, lo que les transmite su calor, las imágenes que hay en su luz, imágenes que les cuentan historias del universo, esa luz que los alimenta, los regenera, los construye y les da sentido; esa luz en la que están insertos como en un sueño lleno de miríadas de relatos, y que ellos luego reflejan en los múltiples espejos que se mueven con sus hojas...

Y en la materna noche que los envuelve con su manto de oscuridad lechosa, la luna los acoge en su mágica luz y el viento resuena de nuevo en ellos. Los árboles cuentan entonces cómo fluye por sus venas la vida, y se estremecen con un placer digestivo que saborea la savia vital que los recorre. Ahí sienten el poder de la tierra que se acumula para empujarlos y expandirlos en el espacio, para que crezcan y se desplieguen en ese sueño infantil, en ese maternal acogimiento.

Tienen tantas ganas de contárnoslo todo, y se mueven, gesticulan, resuenan en el roce de sus hojas con el viento, como mudas gargantas que susurran y nos lo cuentan todo, de día y de noche, de cuando la vida fluye a su alrededor, de cuando la vida pulsa y palpita en su interior

Mientras en el día los caballos pacen plácidamente en el prado... o las estrellas los contemplan en la noche...

Miguel López Manresa